



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 49.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS
DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux

BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.— Vestido de invierno.—Fondo de guipur sobre red.—Cuadro de guipur sobre red.—Dibujo para porta moneda.—Colecha á punto de aguja.—Cogin ó tapete de mesa.—Platillo.—Fondo



Vestido de invierno.

Este pardesús, hecho de moleton blanco, tiene por delante con corta diferencia la forma de un paletot, del que penden unas mangas anchas; lleva al rede-

DICIEMBRE DE 1867.



VESTIDO DE INVIERNO.

dor un bordado ejecutado á punto ruso con seda encarnada, imitando un guipur puesto plano.

Los bien detallados pormenores de este dibujo, nos escusa prolongar mas su explicacion.

Fondo de guipur sobre red.

Servirá para cósias, fichús, corpiños, etc. si se ejecuta con hilo fino; hecho con hilo grueso se le utilizará para cortinas de vidriera, mantel de tocador,

de frivolité.—Encage de frivolité.—Velo de butaca.—Zagalejo de tafetan.—Zagalejo de cretona.

Revista de Paris—El castigo de un blasfemo.—La Virgen de las Rosas.—Recuerdos juveniles.—La Concepcion Inmaculada de Maria Sma.—Problemas de ajedrez.—Figurin iluminado.

velo de butaca, y otros objetos adecuados. Es de muy bello efecto esta labor.

Cuadro de guipur sobre red.

Se le empleará para cortinas y velos de butaca, asociándolo á cuadros de muselina lisa, adornados con bordado inglés.

Dibujo para porta-moneda.

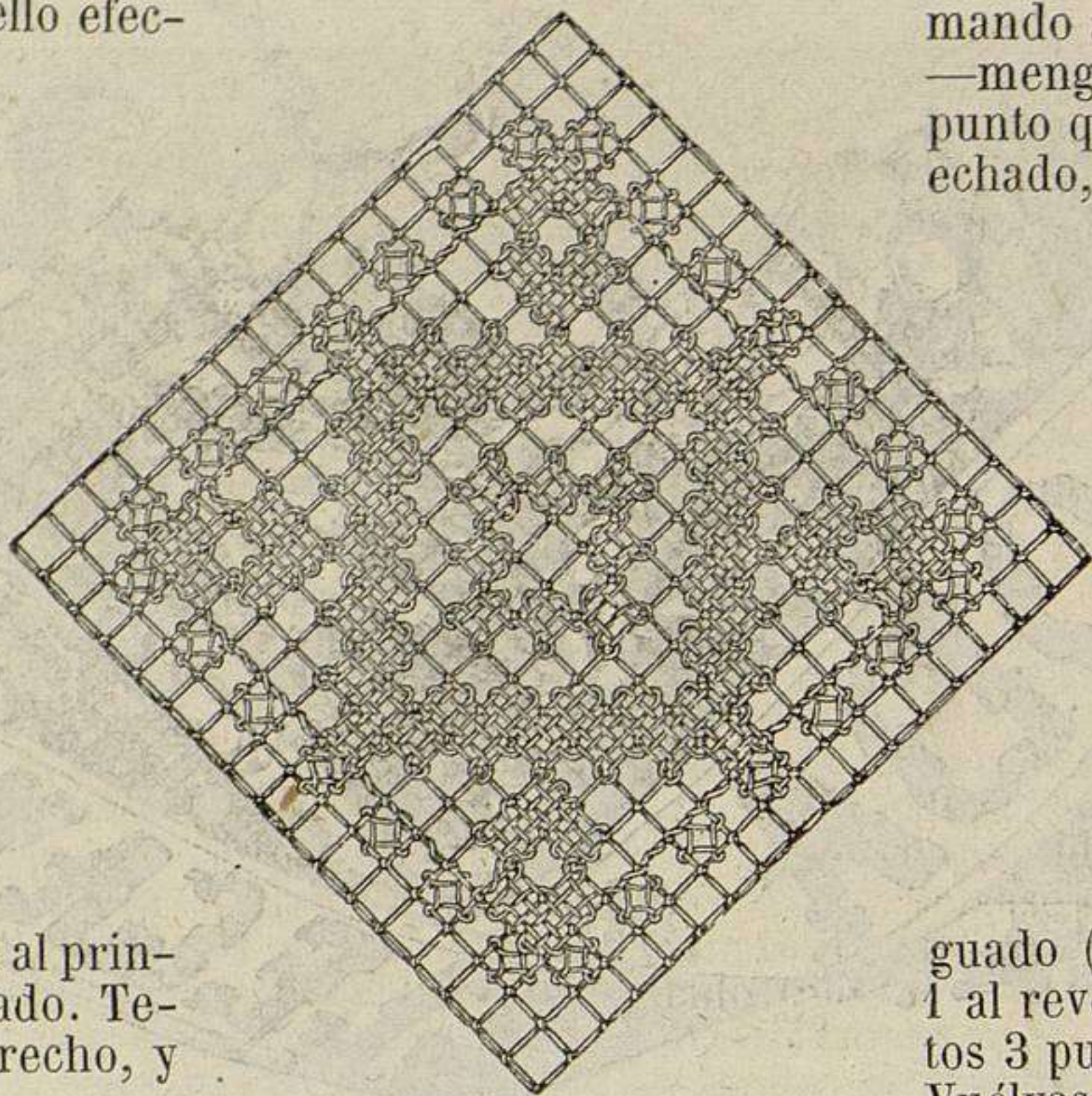
Se borda este dibujo al pasado al sesgo y á punto ruso, con muchas tintas de un mismo color sobre moer *antique* ó tafílete.

Colcha á punto de aguja.

Se ejecuta esta con algodón blanco ó lana mas ó menos gruesa; se arma un número de puntos suficiente que pueda dividirse por diez, y además un punto al principio y otro al fin, que no entran en el número designado. Teniendo el dibujo revés, se hará una vuelta entera al derecho, y otra vuelta entera al revés.

1.^a vuelta.—Un punto *levantado* (sin hacerse),—* 1 al revés,—1 echado,—menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al revés),—menguado,—1 echado.—Vuélvase siempre desde *.—Al fin de la vuelta un punto al revés.

2.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al derecho,—* 2 echados (este doble echado debe caer entre los dos menguados de la vuelta anterior),—menguado al sesgo (es decir, que se hace el punto con el echado siguiente to-



CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.

los 2 menguados de la vuelta anterior, para contraponer el dibujo),—menguado al sesgo como en la segunda vuelta,—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 echados,—2 al derecho.

3.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al revés.—* el doble echado de la vuelta anterior se levanta como la 3.^a vuelta,—menguado,—1 echado,—1 al revés,—1 echado,—menguado,—1 al revés.

4.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al derecho,—* 1 echado,—3 al derecho,—1 echado,—1 *levantado*,—3 al derecho hechos juntos, y el último punto *levantado* sacado por encima.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta uno al derecho.

5.^a vuelta.—Uno *levantado*;—* 1 al revés,—1 echado,—3 hechos juntos al revés, como en la 5.^a vuelta,—menguado—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 al revés.

6.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al derecho,—menguado,—* 2 echados,—menguado al sesgo,—1 echado,—1 al derecho,—uno echado,—menguado.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta 1 echado,—2 al derecho.

Se hace esta vuelta igual á la 3.^a, luego se repite el dibujo desde la 3.^a hasta la 10.^a vuelta. Cuando la colcha está terminada, se la rodea con puntos sencillos, sobre los cuales, en una segunda vuelta, se hace alternativamente: una brida,—2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan uno ó dos puntos de la vuelta anterior, según sea necesario para conservar la la-



CENÉFA DEL COGIN.

mando ámbos al sesgo),—1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—menguado (esta vez se hacen juntos al derecho el echado y el punto que le sigue).—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta, un echado,—2 al derecho.

3.^a vuelta.—Uno *levantado*;—* uno al revés,—uno echado,—menguado (echado y punto se hacen juntos al derecho),—1 echado; el doble echado siguiente de la vuelta anterior se *levanta* sin hacerse, de modo que se tienen dos hebras sobre la aguja;—menguado (echado y punto hechos juntos al derecho),—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin dos al revés.

4.^a vuelta.—Uno *levantado*,—* 1 echado,—1 *levantado*;—los dobles echados se hacen juntos al derecho con el punto siguiente, y el punto *levantado* se *saca* en seguida por encima,—1 echado,—3 al derecho. Vuélvase desde *.—Al fin 1 echado,—3 al derecho.

5.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al revés,—* menguado (punto y echado hechos juntos al revés),—1 echado,—1 al revés,—1 echado,—3 puntos hechos juntos al revés (en estos 3 puntos hay 1 echado y 2 puntos de la vuelta anterior).—Vuélvase desde *.—Al fin 1 echado,—3 al revés.

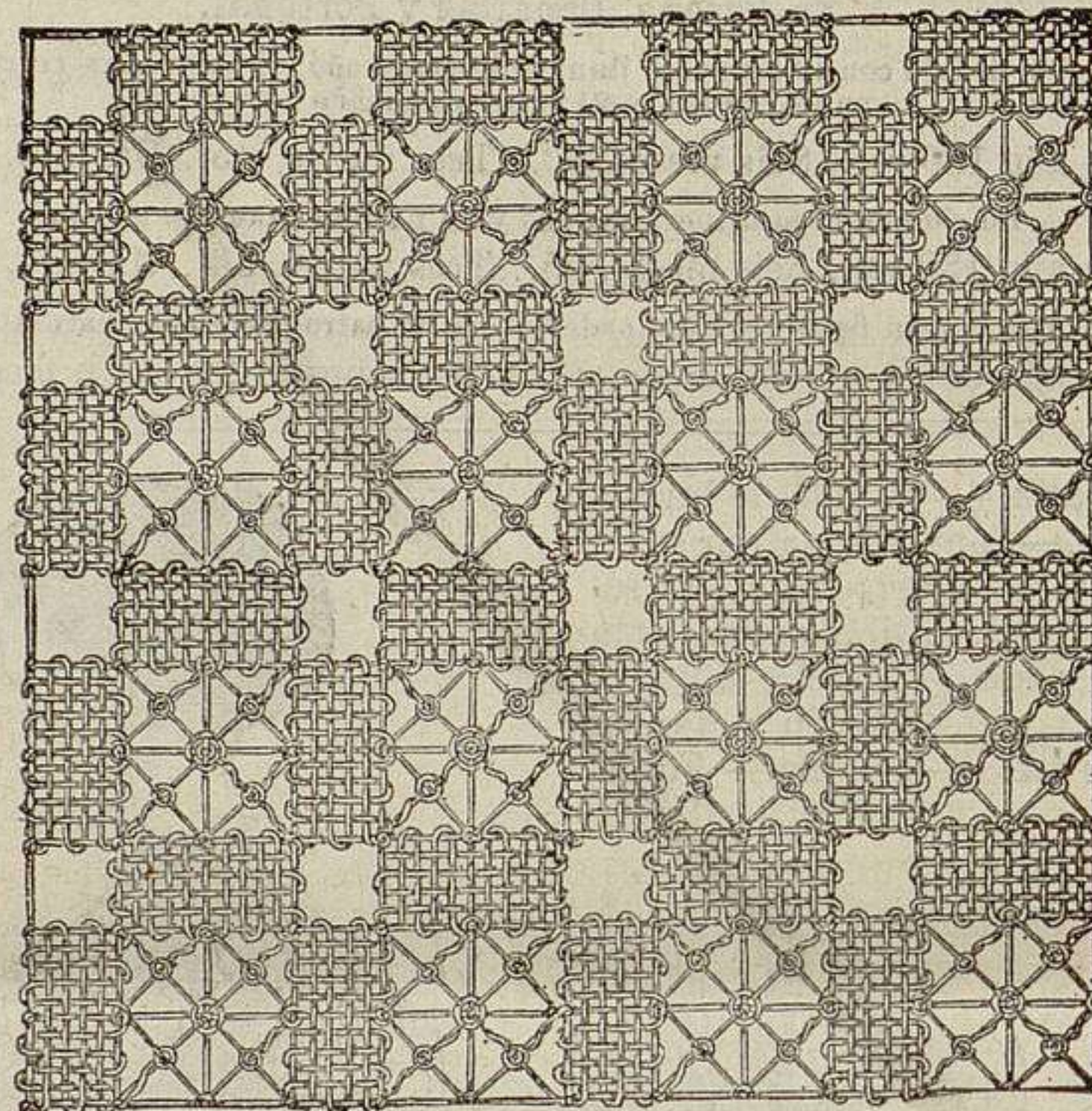
6.^a vuelta.—1 *levantado*,—1 al derecho,—1 echado,—* uno al derecho,—1 echado,—menguado,—2 echados (deben caer entre los 2 menguados de la vuelta anterior, para contraponer el dibujo),—menguado al sesgo como en la segunda vuelta,—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 echados,—2 al derecho.

7.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al revés.—* el doble echado de la vuelta anterior se levanta como la 3.^a vuelta,—menguado,—1 echado,—1 al revés,—1 echado,—menguado.—Vuélvase desde *.—Al fin 1 echado.—1 al revés,—1 echado,—menguado,—1 al revés.

8.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al derecho,—* 1 echado,—3 al derecho,—1 echado,—1 *levantado*,—3 al derecho hechos juntos, y el último punto *levantado* sacado por encima.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta uno al derecho.

9.^a vuelta.—Uno *levantado*;—* 1 al revés,—1 echado,—3 hechos juntos al revés, como en la 5.^a vuelta,—menguado—1 echado.—Vuélvase desde *.—Al fin 2 al revés.

10.^a vuelta.—Uno *levantado*,—1 al derecho,—menguado,—* 2 echados,—menguado al sesgo,—1 echado,—1 al derecho,—uno echado,—menguado.—Vuélvase desde *.—Al fin de la vuelta 1 echado,—2 al derecho.



FONDO DE GUIPUR SOBRE RED.

Se hace esta vuelta igual á la 3.^a, luego se repite el dibujo desde la 3.^a hasta la 10.^a vuelta. Cuando la colcha está terminada, se la rodea con puntos sencillos, sobre los cuales, en una segunda vuelta, se hace alternativamente: una brida,—2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan uno ó dos puntos de la vuelta anterior, según sea necesario para conservar la la-

bor bien plana, como es conveniente en esta clase de labor.

Cogin ó tapete de mesa.

El cogin se hace de paño negro, con aplicaciones de paño verde de diversas tintas, fijadas por un punto de tafetan algo claro; los tallos y las venas se ejecutan con diversas tintas de torzal de seda verde; para las venas de las hojas oscuras se emplea seda de color claro; para las de las hojas claras seda oscura. Se orla este cogin con un cordón torcido de seda; en cada esquina se pone una borla.

Platillo al crochet para lámpara, etc.

Se hace de puntos sencillos sobre cordón



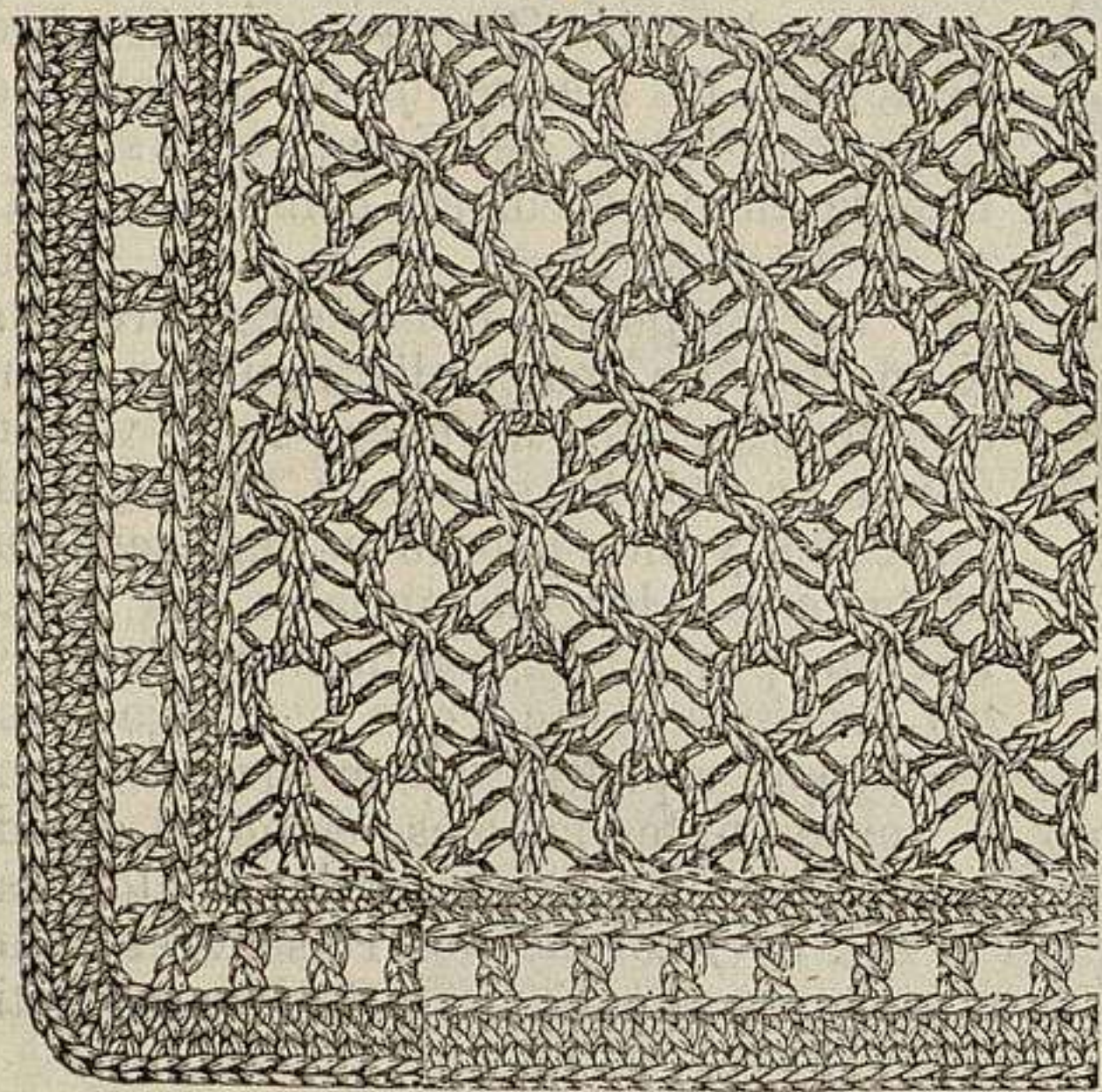
PORTA-MONEDA.

encarnados de la vuelta anterior; el crecido se verifica siempre entre los dos grupos de 3 puntos encarnados cada uno; este crecido se distribuye así: en la 8.^a vuelta, en vez de 2 puntos blancos, uno, 3 en la 9.^a, 4 en la 10.^a. Las vueltas 11.^a á 15.^a se copian sobre el dibujo; desde la 11.^a á la 13.^a vueltas, en la que se termina la estrella encarnada, el crecido se verifica en el fondo.

16.^a vuelta.—Alternativamente un punto encarnado y uno blanco.

1.^a vuelta del borde encarnado.—Alternativamente 6 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—y 1 sencillo, picando siempre el crochet debajo del punto entero de la vuelta anterior.

2.^a vuelta.—Alternativamente 7 puntos en el aire y 1 sencillo sobre el feston de puntos en el aire de la vuelta anterior.



COLCHA A PUNTO DE AGUJA.

blanco de algodón, igual al que se emplea para los vivos; el fondo es de lana blanca; la parte de arriba y el contorno de lana encarnada. Se principia por el centro; y se hacen primeramente tres vueltas con lana blanca, creciendo de modo que la 3.^a vuelta se componga de 30 puntos.

4.^a vuelta.—Se ata la lana encarnada y se hace alternativamente un punto encarnado y 2 blancos; sabido es que el punto encarnado que precede al blanco debe terminarse con la lana encarnada y el punto blanco que precede al encarnado debe terminarse con la lana encarnada. En esta vuelta no se crece; ha de componerse de 10 puntos encarnados y de 20 blancos.

5.^a vuelta. En cada punto encarnado 3 encarnados,—un punto blanco en cada otro blanco.

6.^a vuelta. 5 puntos encarnados sobre los 3 encarnados,—1 blanco sobre cada blanco.

7.^a vuelta.—Sobre los 5 puntos encarnados se hacen 3 encarnados;—1 blanco,—3 encarnados; el punto blanco sobre el del medio de los 5 encarnados.

8.^a á 10.^a vueltas.—Como la 7.^a, y los 3 puntos encarnados siempre sobre los tres



CENTRO DEL COGIN Ó TAPETE DE MESA.

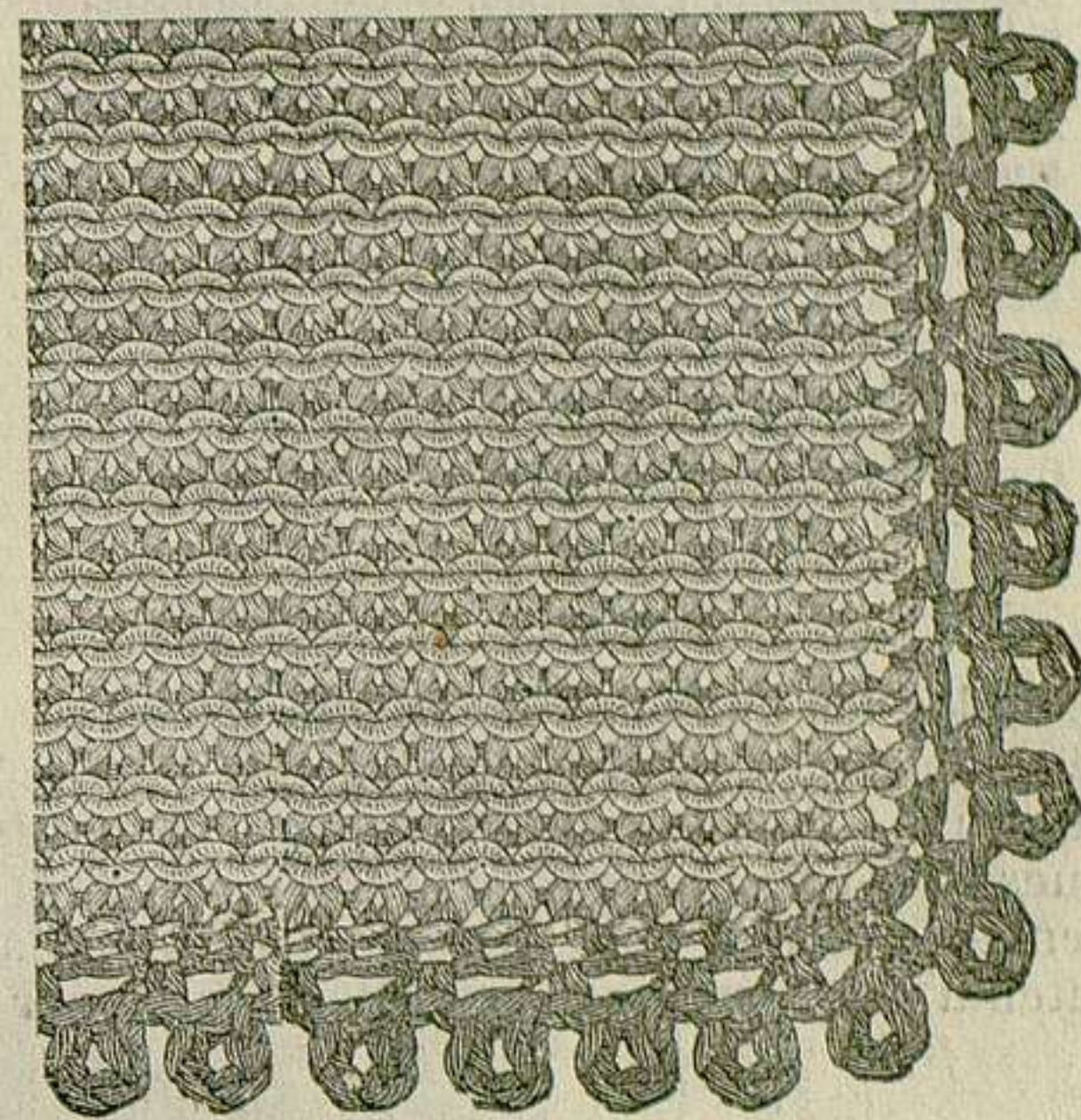
Fondo de frivolité.

Esta labor servirá para fondo de cófia, etc., y ejecutado con hilo grueso, para velos de butaca, mantel de tocador, etc.

Se compone de rosáceas de ocho hojas, reunidas por argollitas; cada rosácea se hace del modo siguiente; para cada una de las ocho hojas se hacen 7 dobles nudos (1 nudo al revés y 1 al derecho componen un doble nudo),—1 piquillo,—7 dobles nudos; se atan uno con otro el hilo del principio y el del fin, se corta la hebra con la que se trabaja. Cada argollita se compone de 2 dobles nudos y de 8 piquillos, siguiendo cada uno de 2 dobles nudos.

Encage de frivolité.

El dibujo de este encage corresponde á la la-



PAÑO PARA VARIOS USOS.

bor cuya explicacion acabamos de dar. El borde superior se compone de cuatro filas de circulitos contrapuestos, separados por un espacio de un centímetro y medio; los círculos de la primera fila se componen cada uno de tres dobles nudos,—3 piquillos, seguido cada uno de 3 dobles nudos,—3 dobles nudos. En cada una de las fi-

las siguientes, en vez de hacer el piquillo del medio se liga el círculo con el hilo que sirve de línea de union en la fila anterior; en la última fila, esta línea de union no tiene mas que un centímetro de largo.—Se hace un cierto número de rosáceas, cada una de 6 hojas, compuesta cada hoja de 7 dobles nudos,—1 piquillo,—9 dobles nudos.—Cada rosácea se liga con cada 2.^o círculo de la primera fila.—Para el borde inferior se hace: * un doble nudo,—seis piquillos, cada uno de ellos seguido de un doble nudo—un do-

ble nudo. Con esta fila se forma un círculo, se vuelve el encage de modo que las rosáceas queden dirigidas hácia arriba; se ata la hebra al piquillo de la hoja mas próxima de la rosácea mas cercana, se hace un doble nudo,—7 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo,—un doble nudo; se ata la hebra á la hoja siguiente,—† se hace un

ble nudo. Con esta fila se forma un círculo, se vuelve el encage de modo que las rosáceas queden dirigidas hácia arriba; se ata la hebra al piquillo de la hoja mas próxima de la rosácea mas cercana, se hace un doble nudo,—7 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo,—un doble nudo; se ata la hebra á la hoja siguiente,—† se hace un

doble nudo,—8 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo,—un doble nudo; se ata la hebra á la hoja mas próxima. Se vuelve á empezar una vez desde t. Se hace un doble nudo,—7 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo. Se vuelve desde * hasta el fin del encage.

Velo de butaca.

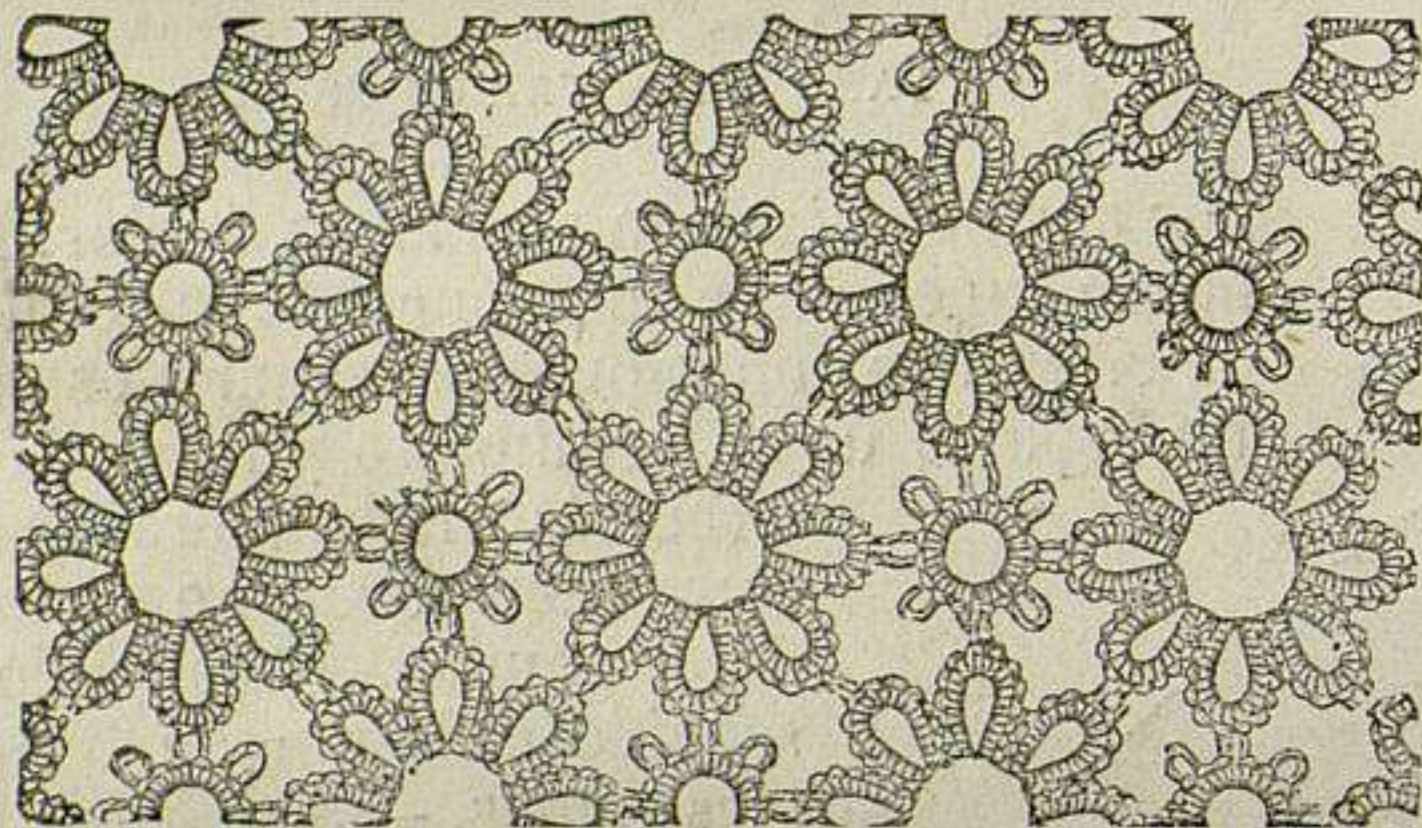
El centro es de realce; los puntitos al realce ó bien á punto de nudillos; las ramas de coral son aplicadas y se hacen de lienzo.

REVISTA DE PARIS.

SUMARIO.—La soledad de París.—Las cosechas de los teatros durante la Exposicion.—Los conciertos de música alemana.—Alemania é Italia en música.—El grande arte.—El Hamlet.—Murmuraciones parisienses.—El abate Cora Pearl.—Una historia de amores.—El suegro de un suicida.—Modas.—Los iris de los colores de moda. Sus relaciones con los mayores acontecimientos del siglo.—Influencia de las modas en la suerte de los pueblos.—Una guerra sangrienta por bromas sobre los tocados de dos mugeres.—Una palabra lúgubre sobre el peinado de María Antonieta.—Una asociacion en Alemania contra la cola de los vestidos.—Duelos por pisotones.—Matías de combates.

I.

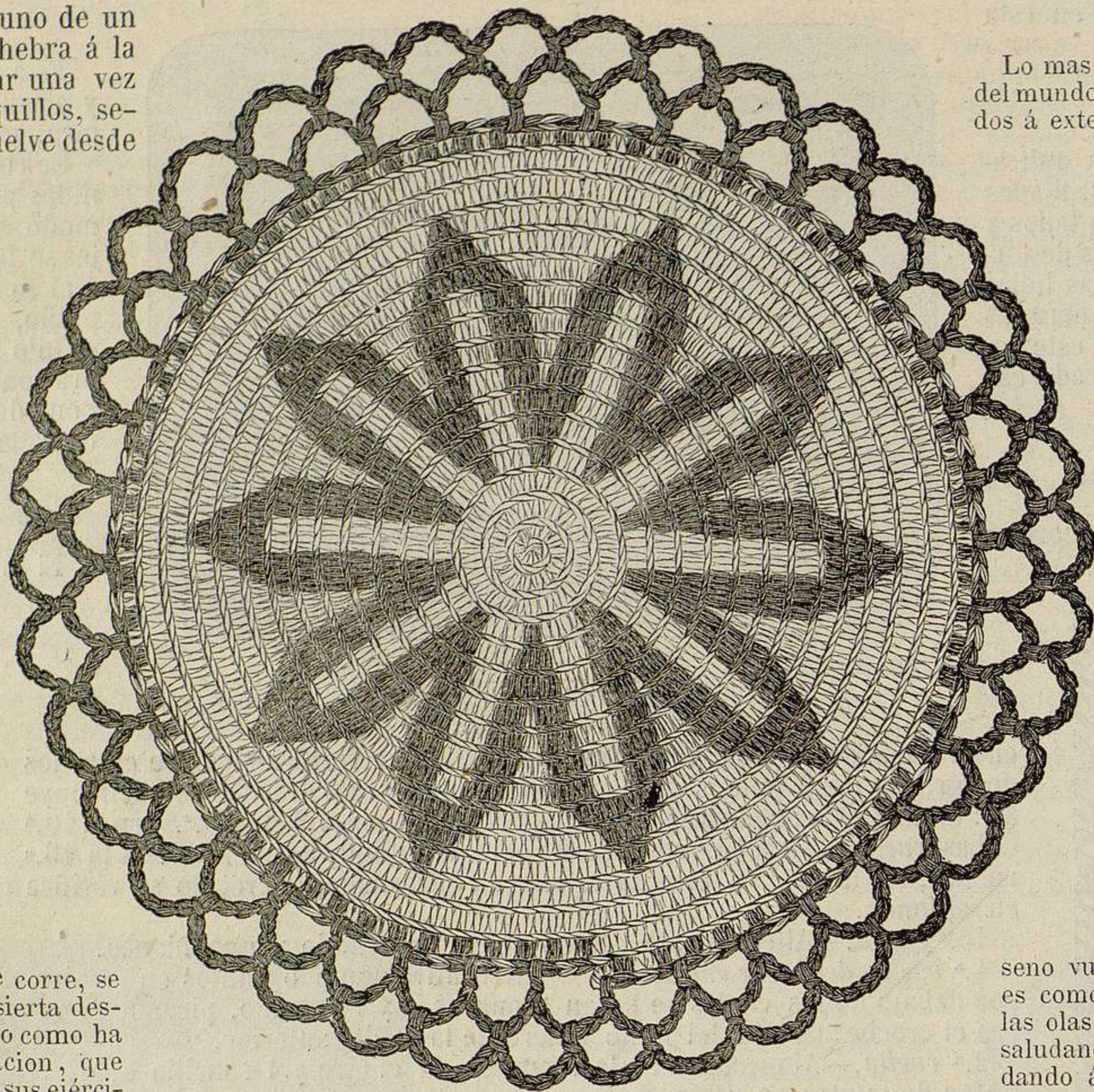
Todos los años por estos dias comienza la animacion de París. Mas en este año que corre, se concluye. La gran ciudad parece como desierta despues que la han abandonado tanto extranjero como ha venido á saludar esta importantísima poblacion, que intenta ser Atenas por sus artes; Roma por sus ejérci-



FONDO DE FRIVOLITÉ.

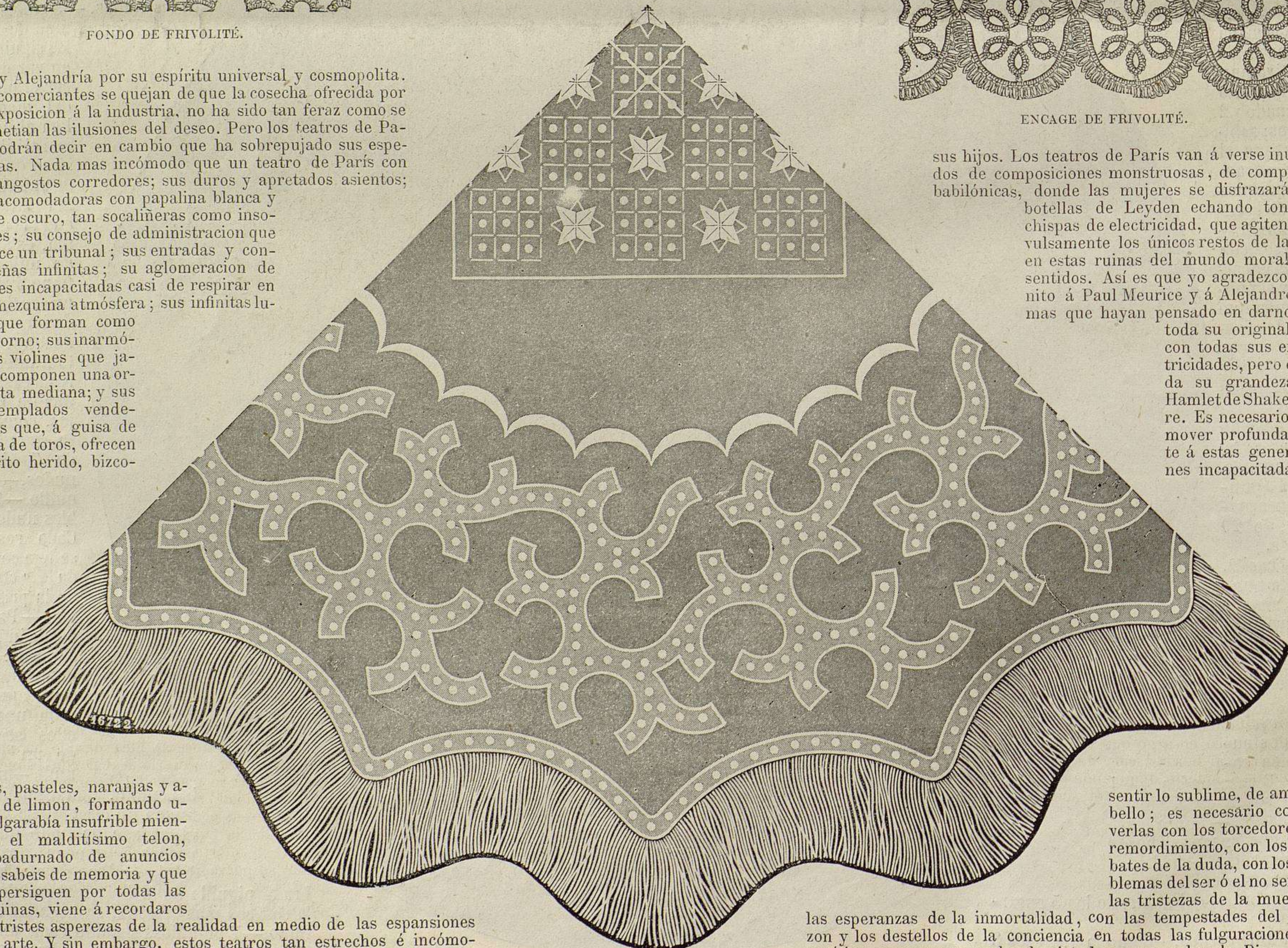
tos, y Alejandria por su espíritu universal y cosmopolita. Los comerciantes se quejan de que la cosecha ofrecida por la Exposicion á la industria, no ha sido tan feraz como se prometian las ilusiones del deseo. Pero los teatros de París podrán decir en cambio que ha sobrepujado sus esperanzas. Nada mas incómodo que un teatro de París con sus angostos corredores; sus duros y apretados asientos; sus acomodadoras con papalina blanca y trage oscuro, tan socialíneas como insolentes; su consejo de administracion que parece un tribunal; sus entradas y contraseñas infinitas; su aglomeracion de gentes incapacitadas casi de respirar en tan mezquina atmósfera; sus infinitas luces que forman como un horno; sus inarmónicos violines que jamás componen una orquesta mediana; y sus destemplados vendedores que, á guisa de plaza de toros, ofrecen á grito herido, bizco-

chos, pasteles, naranjas y agua de limon, formando una algarabía insufrible mientras el malditísimo telon, embadurnado de anuncios que sabeis de memoria y que os persiguen por todas las esquinas, viene á recordaros las tristes asperezas de la realidad en medio de las expansiones del arte. Y sin embargo, estos teatros tan estrechos é incómodos se han embolsado, durante la Exposicion, sesenta y seis millones de reales.



PLATILLO DE LÁMPARA.

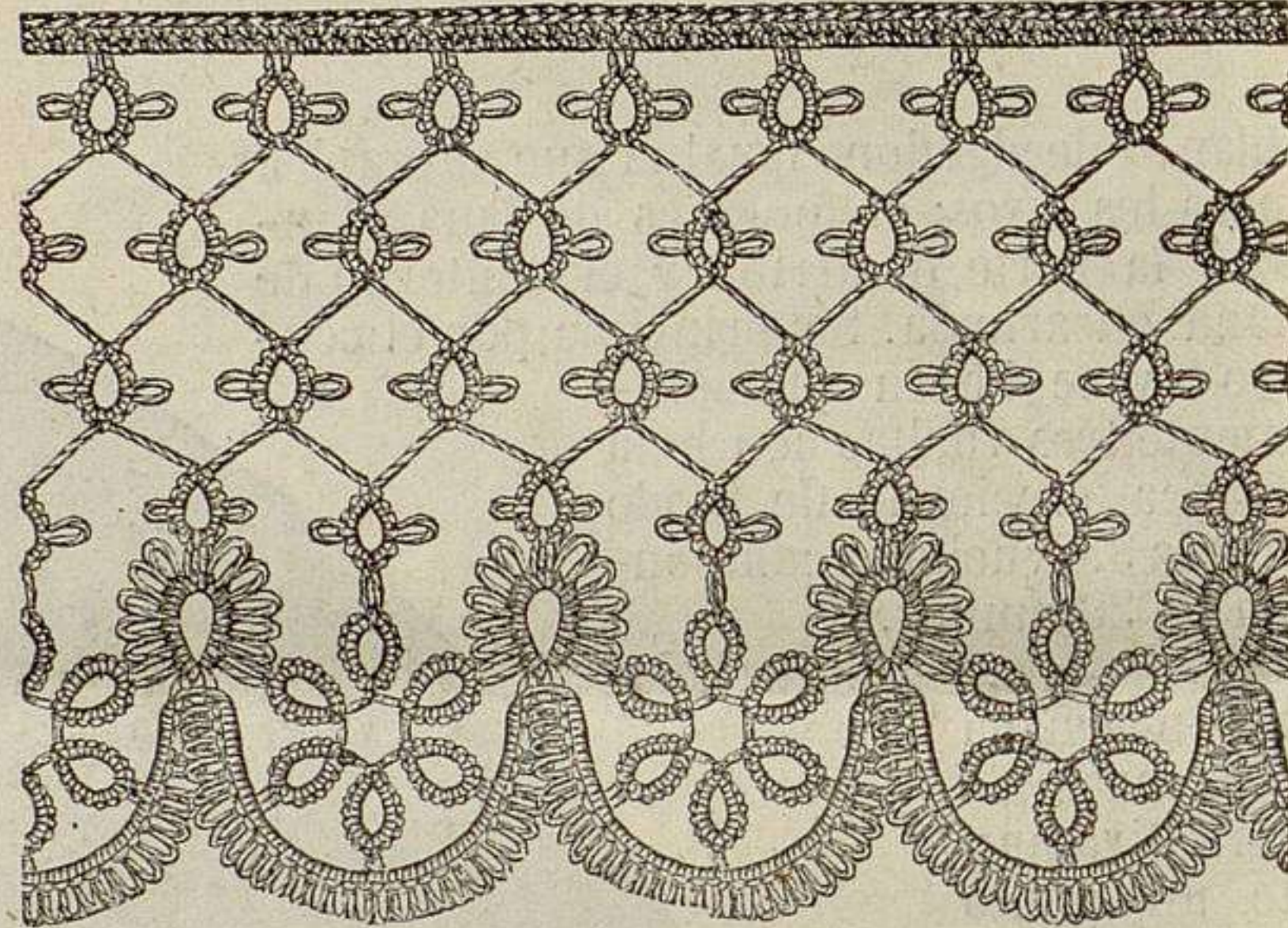
ca, es la armonía del Universo, el canto de los seres: *lacrimæ verum*. Pero la música alemana, vaga, interior, profunda, un poco sombría es la música del sentimiento, el plañido del amor, el grito del alma, las lágrimas de las ideas. Yo quiero al gran arte. Yo rogaría á la mujer, á la eterna musa de todas las inspiraciones sublimes, que se conjurase contra el arte grosero, sensual, mecánico, utilitario, destinado á embrutecer á sus amantes, á matar en flor el corazon de



VELO DE BUTACA EN NANSOUK.

II.

Lo mas notable que en artes ofrece hoy la capital del mundo, son los conciertos de Padeloup, consagrados á extender y popularizar el gusto por la música alemana. Sucede en el arte músico aleman, exactamente lo que sucede en nuestras catedrales góticas. A pesar de levantarse en climas ardientes donde es tan claro el cielo y tan deslumbrador el brillo del sol, son oscuras, como consagradas al recogimiento interior del espíritu. Cuando entráis, nada podeis distinguir mas que las espesas sombras amasadas por las altas bóvedas sobre el pavimento. Pero al poco tiempo la claridad mística comienza; la mística lámpara baña de tintes melancólicos el rostro de la Virgen; el ardiente cirio se refleja en las áureas alas de los ángeles; la luz del dia se quiebra en toques indefinibles y en armoniosos tonos entre los simbólicos triángulos, y la ojiva dibuja con sus vidrios de colores los matices de un iris que semeja los albores del Empíreo. Así en la música alemana cuando comenzais á oír, os parecen sombras, si es dado hablar así, los sonidos. No podeis comprenderlos porque no podeis distinguirlos. Pero atended, atended un poco, fijad vuestro ánimo en aquella sosegada corriente de armonías y bien pronto os parecerá que brota como los manantiales del sentimiento, por misteriosa manera, de vuestro propio corazon y que se refleja en su seno vuestro propio espíritu. La música alemana es como el viento en los árboles, como el eco de las olas en las playas, como el coro de las alondras saludando al sol, ó el coro de los ruiseñores saludando á la luna; es el relieve, es la forma plásti-



ENCAGE DE FRIVOLITÉ.

sus hijos. Los teatros de París van á verse inundados de composiciones monstruosas, de comparsas babilónicas, donde las mujeres se disfrazarán de botellas de Leyden echando tonantes chispas de electricidad, que agiten convulsamente los únicos restos de la vida en estas ruinas del mundo moral: los sentidos. Así es que yo agradezco infinito á Paul Meurice y á Alejandro Dumas que hayan pensado en darnos con toda su originalidad, con todas sus excenricidades, pero en toda su grandeza, el Hamlet de Shakespeare. Es necesario conmover profundamente á estas generaciones incapacitadas de

sentir lo sublime, de amar lo bello; es necesario conmoverlas con los torcedores del remordimiento, con los combates de la duda, con los problemas del ser ó el no ser, con las tristezas de la muerte y las esperanzas de la inmortalidad, con las tempestades del corazon y los destellos de la conciencia en todas las fulguraciones del espíritu, para que aprendan la virtud y se acuerden de Dios.

III.

Mas París convida cuando solo se mira la superficie á lo agradable, á lo ligero. Hace pocos dias ha salido un libro que prueba los inconvenientes de las iniciales. "El libro del sentimiento y del amor, por el Abate C. P."

—¿Quién será este Abate? preguntaba una amiga á otra.
—Lo ignoro, respondió la preguntada, lo ignoro. Tal vez sea el Abate Cora Pearl."

Esto prueba, como dicen los castellanos, que mas vale llamar al pan pan, y al vino vino; y á cada cual por su nombre de bautismo.

Oid una historia interesante, cuya autenticidad os garantizo. Un riquísimo comerciante de París llamado S... ha reunido su fortuna con mucho trabajo y educado por ende á sus hijos en el santo temor de la miseria. Y de pronto se encontró en medio de lo que mas huia, por esas venganzas que la Providencia toma de todas las pasiones; venganzas, como llamamos repetidas veces en el mundo á la justicia. Un jóven modesto y pobre llamado Pablo, le pide la mano de su hija, la hermosa y rica Luisa. El comerciante se la niega porqué para él no es el matrimonio la union de dos corazones sino el producto de dos su-

buen viejo al lado del ataud. La mitad de su fortuna hubiera dado por resucitar al muerto y evitarse tantos remordimientos; ¡jél! que de nada podia acusarse, pues jamás retrasara ni en media hora el pago de una letra. Siguió el cortejo fúnebre, y arrojó un puñado de tierra sobre el ataud, un puñado de tierra que parecia arrancado de su corazon. Si fuera ducho en las artes de la palabra y no estuviese constipado, pronuncia en el cementerio una oracion fúnebre. Pero aun le aguardaba el dolor de los dolores. Luisa ha sabido la muerte de su amante, y no quiere ni vestirse ni comer. Luisa! la pobre! solo quiere morir y ser enterrada ni mas ni menos que como la Miolhau Carvalho en la Julietta y Romeo de Gounoud. El pobre padre no sabe á qué santo encomendarse. Si no fuera porque los gorros de dormir, cuyo comercio fué base de su fortuna, forman como una cataplasma al rededor de su mollera y le impiden tener pensamientos trágicos, se hubiera suicidado. Y lo hiciera si un hombre pudiera suicidarse, así, buenamente, sin grave detrimento ni para su caja ni para su estómago. Pero aun sus tragedias no se han concluido. Cuando mas entregado estaba á tales reflexiones, le anuncia su ayuda de cámara que un jóven desea hablarle. Sale distraido á la antesala. Es la hora del

IV.

Y ya que hablamos de bodas, no puedo resistir á la tentacion de escribiros cuatro palabras sobre un libro que acaba de publicarse por un escritor moralista, el cual en lenguaje profético habla mucho de la próxima inevitable muerte de esta corrompida Francia. El escritor se llama Alejandro Weill. Judío de religion, alemán de origen, francés de nacimiento. Weill tiene algo de la desesperacion semítica, y de la profundidad germánica, y de la chispeante gracia gala. Es como pocos un escritor de grandes contrastes y de bruscas antítesis. Lleva como pocos en el alma la desolacion de nuestros dolores sociales. Castiga como pocos, abrasándolos con un hierro candente, los vicios todos de nuestro siglo. En Francia es muy aborrecido porque ha maltratado á todos los escritores contemporáneos, porque ha maldecido de las redacciones de todos los periódicos. Es una especie de Job que desde su estercolero habla en magníficas imágenes de las plagas morales que caen sobre nuestro siglo. Cualquiera diria que por sus escritos pasa todavía el soplo abrasador del desierto donde escribieron los profetas. Y uno de los grandes males que echa en cara a nuestro tiempo, es la



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de tafetan color castaño.—Trage corto de popeina del mismo color, fruncido por su borde inferior en forma de jareta. Paletot de paño color castaño, adornado con trenzas de cinta de raso negro.

Zagalejo de cretona azul oscuro.—Trage corto (recogido por ámbos lados) de cretona de lana gris. Paletot de paño gris con trenzas de terciopelo negro (la

misma guarnicion que el anterior).

Zagalejo de paño verde oscuro.—Trage corto del mismo paño, pero un poco mas claro, con paletot igual y ancho. Cinturon del color del zagalejo. Todo ello guarnecido con flecos de felpilla verde del color del trage.

El mismo vestido visto por detrás.

mandos. Al dia siguiente recibe una carta, en la cual su candidato á yerno, le anuncia que, si no accede á su demanda, se suicida. El viejo industrial levanta los hombros con glacial indiferencia y dice: "Nadie se suicida hoy por amor," y tira la carta. Pero á las doce horas vuelve á recibir otra, en la cual anuncia este nuevo Marsilla que al recibo de la misiva se habrá suicidado, y le convida á su entierro en la casa mortuoria. El único encargo que le hace como expresion de su voluntad en tan supremo trance; como testamento moral, de que es albacea su propio verdugo; el único encargo que le hace; el postrer ruego que le dirige, al borde oscuro de la eternidad, sintiendo ya el frio de la muerte, temblando por las reconvencciones que el Supremo Juez dirigirá al suicida que se presenta sin ser llamado; su última idea, su última palabra, su última súplica, es que deje su padre llorar á Luisa. El comerciante, que no habia nacido para tales tragedias, siente un horrible torcedor en su conciencia. No puede concebir tanta locura y va el dia señalado á la casa de Pablo pisándose el corazon. La terrible nueva se ha confirmado. Unas cortinas de paño negro con franjas blancas cubren la entrada; un ataud ocupa el zaguan. Creyó caer el

crepúsculo vespertino. El tibio resplandor de una mal encendida chimenea alumbraba la estancia. En la dudosa claridad yé á Pablo. Su horror no tiene límites. Tiemblan todos sus nervios. La voz se le anuda á la garganta. El suicida viene del otro mundo á castigar su implacable crueldad; tal vez á reclamar á su hija para los desposorios de la muerte, para el lecho del sepulcro.

—No se asuste V., le dice con voz muy natural la pálida sombra.

—¿Que no me asuste, cuando hoy mismo he asistido á tu entierro? y daba diente con diente.

—Nada de eso: el enterrado era un escribano de mi vecindad, un habitante del cuarto principal de mi casa, el cual murió como mueren los escribanos prosáicamente en su cama. Yo no he querido matarme, no por mí, sino por no matar del mismo golpe á vuestra hija."

A los pocos dias Pablo estaba de frac negro y corbata blanca; Luisa de velo blanco y corona de azahar en la iglesia de S. Sulpicio, celebrando uno de esos teatrales matrimonios que acostumbran á celebrarse en esta Francia, en esta tierra clásica del aparato y de las comedias de magia.

falta de esos amores profundos, eternos, que trascienden hasta mas allá del sepulcro, y que ligan por toda una eternidad dos corazones, los cuales no pueden ser apartados ni por la muerte. En efecto con una palabra puede calificarse el carácter del amor de esta nuestra sociedad: no es el afecto profundo que se adhiere á una sola persona, es el inconstante mariposeo por todas las flores. Y no habrá moralidad mientras no haya familia. Y no habrá familia mientras no haya amor. Y no habrá amor mientras no se despierte en la mujer la idea de que ha nacido para un solo hombre, y en el hombre la idea de que ha nacido para una sola mujer. Es necesario acabar con la inconstancia que ha ahogado lo mas bello, lo mas poético del sentimiento; la eternidad. Es necesario que una jóven medite mucho antes de entregar su voluntad á un hombre; pero despues de haberla entregado, trate de unir su alma con aquella alma, su suerte con aquella suerte, su vida con aquella vida; su porvenir con aquel porvenir, como se unen dos suspiros en el aire. Los sepulcros de la Edad Media, donde yacen acostados sobre la marmórea losa el marido y la mujer, durmiendo juntos sus huesos, dan una idea de la eternidad del matrimonio.

Aun todavía cuando en las duras tempestades del invierno los míseros pescadores de aquella ribera mueven el cenagoso lecho del río, encuentran algunas monedas mejicanas, de la flota del Marqués de A. perdida hace cerca de un siglo en aquellas aguas. Así se ha cumplido también la segunda parte de la profecía del monge capuchino.

JOSÉ M. FRANCO DE TERAN.

LA VIRGEN DE LAS ROSAS.

(CONTINUACION.)

María se había pues refugiado bajo el techo del abate Domarus y no tenía más placer que remplazar dignamente á Genoveva y á Marta. Los cuidados mas tiernos y delicados, las atenciones mas expresivas, eran dedicadas al anciano por aquella alma agradecida, que sonreía con delicia al escucharle decir que no había sido nunca tan feliz.

—Yo sucumbí de júbilo, decía María, radiante al escuchar estas palabras.

Ella le cuidaba y le velaba como si hubiera sido su padre; él la quería como á una hija y no se cansaba de dar gracias á Dios por la dicha que le concedía en los últimos días de su larga carrera.

—Hija mía, la decía, cuando la hija de los Rozancourt le agradecía con efusión su paternal hospitalidad, hija mía, vos no me debéis nada, al contrario yo soy quien os debo estar siempre agradecido, quien debe pagaros una antigua deuda del corazón. Si vuestra piadosa madre no hubiera sido reconocida cuando nos mezclaron con los ahogados, por uno de sus colonos á quien había colmado de beneficios, el Loire, hubiera sido su tumba y la mía. Yo debí mi vida, mi larga vida á vuestra madre, y á mi edad no debo ser ingrato con su hija. Un día, quizá muy pronto, Dios me llamará á su seno; vos sois jóven aun y teneis delante de vos un largo horizonte, aceptando todo lo que poseo, aunque no es mucho, nada os faltará y yo habré pagado mi deuda hasta mi último momento.

Si á vuestra madre debí la vida siendo jóven, á los ochenta y seis años os debo á vos la tranquilidad y la dicha.

María estrechó las manos del anciano con respetuosa ternura y exclamó:

—Se vé á pocos deudores exagerar así sus deudas, vos lo decís así, padre mio; pero yo soy quien os debo la vida... ¡Hablaís de dejar este mundo, y quién sabe si moriré yo antes que vos! No deseo la muerte, bien lo sabeis; pero quisiera morir antes que vos.

Cada mañana el anciano y María se arrodillaban delante de la *Virgen de las Rosas*, exhalándose esta doble plegaria de dos corazones angélicos y sabiendo hasta la madre de Dios como el incienso mas digno y mas puro. El crepúsculo y la aurora les cogía igualmente arrodillados delante del Divino retrato y el anciano ayudado por su hija de adopción, se levantaba alguna vez diciendo:

—María, vos llevais el nombre de la madre del Salvador. el mas puro, el mas bello, y teneis en el cielo la mas poderosa protectora; cuando yo haya muerto no os separareis de la *Virgen de las Rosas*, ella os hará feliz.

El anciano deseaba continuamente hacer testamento á su favor, pero ella se oponía, repugnando á su generosidad y delicadeza admitir los bienes del anciano sacerdote: la idea de una donación le parecía como la recompensa mercenaria de una buena acción.

—Teneis parientes aun, respondía ella.

—Sí, pero tan lejanos que ni siquiera los conozco.

—¿Qué importa! yo no quisiera arrebatarles una herencia legítima si tuvieran la desgracia de perderos.

—Eso no es arrebatar, hija mía; mis bienes son míos, como la Francia es del Rey y yo puedo disponer de ellos...

—No, no, repitió María con dulce firmeza.

Él se callaba para volver á insistir al siguiente día.

Una tarde el anciano se había dormido en su gran sillón de damasco oscuro, delante de la *Virgen de las Rosas*. María cosía á su lado. De repente palideció, estendió las manos hacia el santo cuadro y cayó hacia atrás su venerable cabeza.

El abate Domarus había dejado de existir.

María loca de terror se lanzó fuera de la casa y corrió á buscar un médico, pero este llegó para declarar que todo socorro era inútil.

La pobre mujer cayó anonadada por el dolor mas vivo. Otra vez sola en el mundo... abandonada, sin un corazón amigo, sin recursos, sin apoyo...

Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada de la *Virgen de las Rosas*, que parecía sonreírle.

V.

Es una casta extraña y revoltosa la de los parientes lejanos; cuando ellos creen apercibir la posibilidad de una herencia, suelen escribir una vez por casualidad; si tienen noticias de un testamento contrario, se apresuran á reclamar sus derechos, consultan abogados y notarios y preparan sus armas para esgrimir las contra las personas que se imaginan pueden arrebatarles la herencia, llegan á convertirse en una nube y no os dejan vivir en paz. Si sentís afección por algun hombre, le llaman el caballero de industria; si por alguna señora, la designan con el epíteto de *Mugerzuela*, y á vos mismo os tienen por un viejo loco.

Si no hay herencias no hay parientes; nadie se acuerda del que no tiene.

El abate Domarus tenía siete, cuatro primos en sexto ó sétimo grado y tres primas, M. M. Justo Lecamus, propietario, Nicolás Pelletier, comerciante de sombreros, como decía él mismo; Miguel Antonio Picard, abogado; y Alfredo.

do Picard, notario en Versailles. Como se vé, María tenía malos enemigos que la disputasen su derecho. En cuanto á las primeras eran peor todavía; los malos se imaginan que todos lo son. El trío femenino, que no tenía por cierto nada de las tres gracias, se componía de la viuda Dubuisson, nacida en Lecamus; de la viuda Sonfflot, natural de Picardía, y de Melania Pelletier, vieja solterona tan avara como indigesta.

Toda esta gente en su día invadió la casa de la calle Fontaine Moliere gritando, riendo, criticando, escudriñándolo todo.

María confusa y distinguida por las maneras groseras de estas gentes, les recibió con fría política.

—¿Quién es esta mujer? preguntó la viuda Dubuisson.

—La famosa ama de gobierno, sin duda, dijo encogiéndose de hombros M.^{lle} Melania.

—¿El ama de gobierno?

—Así llaman los curas á sus criadas.

—¿Y qué hace aquí?

—Guarda la casa; ese es su oficio.

—Y ahora que lo pienso... ella ha permanecido aquí sola durante seis días.

—Ocho, mas bien.

—¿Se habrá llevado alguna cosa?

—Me haceis temblar.

—Convendría contar la plata.

Ni siquiera las dos víboras se tomaban el trabajo de bajar la voz; como lo pensaban lo decían, y la noble hija de los condes de Rozancourt, no perdió una palabra de tan injuriosa conversacion; pero su dolor era demasiado vivo para dar lugar á la indignacion y devoró en silencio aquel nuevo cáliz de amargura.

Durante algun tiempo, continuó inmóvil, de pié delante de la chimenea, triste, pálida impasible.

—Y era ya viejo el pobre hombre, dijo á su vez el negociante de gorras, cerca de noventa años.

—¡Ah! si viviéramos tanto tiempo nosotros, dijo el abogado.

—Y sus muebles son tan viejos como él; este sillón debió ser de su bisabuelo.

—Es un sillón venerable,

—No os riais, y estas alfombras?

—Trescientos años.

—¿Y estos tapices?

—Cuatrocientos.

—¿Y estos cuadros?

—Quinientos.

—Retratos de familia, esto nos concierne.

—Los hago míos.

—Un notario del siglo pasado; eso es bueno para vos, Alfredo.

—¿Y la vieja?

—La notaria sin duda, eso es bueno para M.^{lle} Picard.

—¿Un ramillete de flores?

—Seiscientos años.

—¿Una Virgen?

—Ochocientos años.

—¡Ah! no es maleja, miradla Peletier.

—¡Bah! una Virgen!.. eso es bueno para un cura.

—Es verdad, ¿pues á quién se le dá?

—¿Quién la quiere? quién?

—Yo he visto vender una mejor que esa en Versailles por diez y ocho francos.

—Decididamente la herencia vale poco.

—Siempre hay una casa, y á caballo regalado no hay que mirarle el diente.

—Señora ¿acaso él nos ha dado su casucha?

—Nos pertenece, aun cuando no tenía testamento....

—¿Y es verdad que no le tiene? Estais segura de lo que decís?

—Tan segura, como lo estoy de que somos siete á participar de la herencia.

—Somos los herederos? Sin embargo es necesario hacer alguna cosa por esta mujer que está aquí.

—Eso nó.

—Es singular.

—Estos viejos chochos creen que no se han de morir jamás, y como viven tanto se les figura que el porvenir es suyo y no se cuidan de nada.

—Y bien ¿qué hacemos?

—Ya lo veis, tomar posesion.

—Eso es bien sencillo.

—No, que primero hay algunas formalidades que llenar; pero es cosa ligera y prontamente hecha.

—Muy bien. ¿Y qué haremos de esta mujer?

—La criada? exclamó la solterona. ¿Y qué quereis que hagamos? Le pagaremos su salario y se irá donde le plazca.

El rostro de María enrojecido de ira, aunque aquellas gentes le inspiraban un desprecio profundo, se aventuró á decir:

—Yo he debido heredar esta casa y todo cuanto contiene.

—¡Ah! ¡ah! lo confiesa!...

—El abate Domarus lo deseaba y yo lo rehusé.

—Ella dice esto ahora porque no hay testamento, interrumpió á media voz la viuda Dubuisson.

—Es claro, apoyó la solterona.

—Yo era amiga del abate Domarus; su amiga y no su criada, replicó María con las lágrimas en los ojos.

—Bueno, bueno, dijo el sombrerero... Dejados ahora de lloriqueos, si lo haceis por sacar alguna cosa, decid pronto qué quereis; se os pagará vuestro salario, y ved si alguna otra cosa os agrada.

—Solo un deseo, señores.

—¿Y podremos saber cuál es!

—Escuchadme, señoras, yo os suplico que me lo concedais.

—Veamos cuál es.

—Permitidme llevar un recuerdo de esta casa, donde he

pasado ocho días muy felices; será una memoria del venerable sacerdote á quien lloro.

—Y bien, veamos.

—Apuesto á que pide la plata, refunfuñó la vieja solterona.

—Me marcharé cuando querais; pero dejadme llevar uno de esos cuadros, yo os lo suplico; estoy acostumbrada á rezar delante de él todos los días.

—¿Eso es todo lo que quereis.

—Sí, respondió María con ansiedad.

—Vamos, vamos, no es tan mala como parece, dijo respirando con libertad la vieja solterona.

—Llevad los cuatro si os place, dijo el sombrerero; para qué quereis nosotros esas antiguallas. Ni veinte francos os darán por ellas.

—Solo deseo este retrato de la Virgen.

—Es el que menos precio de los cuatro; tomad, llevadle.

—Sí, sí; pero no lleva mas que ese? repuso la solterona. El notario y su mujer estarán muy bien en mi salón; yo los tomaré si nadie los quiere.

—Tomadlos; respondieron en coro.

—¿Cuánto creéis que valdrá esta casucha? preguntó Lecamus al abogado.

—Setenta mil francos quizá.

—Es una lástima que las casas no sean como los vinos, que cuanto mas viejos valen mas.

Los hombres se rieron y las mujeres siguieron escudriñando.

María descolgó el cuadro de la Virgen, hizo un paquete de sus harapos á la vista de las tres inquietas mujeres, ató las cintas de su gorra bajo la barba y echando un pobre chal sobre sus hombros, dió las gracias á los siete herederos por su generosidad y salió de la casa del abate Domarus, llevando la *Virgen de las Rosas*.

Iba llorando por la calle, pero su llanto en la consolaba, pareciéndole que el santo cuadro que sostenía en sus vacilantes brazos, era el símbolo de un porvenir dichoso. Un vago presentimiento se lo decía, irradiando por entre sus lágrimas una dulce esperanza. ¡Ah! yo lo he jurado... pensaba ella, yo juré al abate Domarus no separarme jamás de la santa Virgen, y no me separaré.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Sobrecogido de terror al verle, me detuve con la cabeza baja y sin hacer movimiento.

—¡Ah! cobarde, exclamó el sargento con voz de trueno; ¡has caído en mis garras! Has dicho al capitán una porción de mentiras de mí, pero las vas á pagar caras.

Y dicho esto, principió á sacudirme con piés y manos, poseído de un furor de tigre. Medio muerto de angustia y de espanto, yo me dejé maltratar sin proferir un ¡ay! sin hacer resistencia, como un hombre que desfallece y resignado se abandona á una suerte inevitable. Solo cuando mi enemigo se cansó me dejó una tregua; pero entonces sentándose, me dijo mientras me amenazaba con el puño:

—¡Miserable gallina! ¡Te dejas insultar y maltratar como si no tuvieras ni corazón ni alma! ¿Crees que está acabado? ¿Te figuras que te voy á dejar en paz? No, no; ni un instante de reposo has de tener aquí; cada media hora has de llevar una tunda hasta que acabe contigo.

Con el rostro vuelto hácia la pared, yo me había acurrucado en un rincón del cuarto y lloraba y temblaba temiendo que el sargento hiciera lo que decía.

No permanecí mucho tiempo entregado á mis reflexiones desesperadas; pues la mano de mi brutal enemigo me sacó de mi rincón y me envió rodando al otro extremo de mi aposento. En seguida continuó sacudiéndome hasta que se alejó de nuevo para descansar, y esto duró todo el día.

Aunque esta observacion la hice mas tarde, era evidente que el sargento no queria herirme de peligro, pues á pesar de todos sus golpes el dolor que me causaba se disipaba luego. Pero en aquella hora mi espíritu aterrado me persuadió que mi adversario se hallaba firmemente resuelto á martirizarme hasta la muerte, y espantado ví llegar la noche, en la idea de que mi enemigo me daría en la oscuridad el golpe de gracia. Ya varias veces había pedido socorro con gritos desesperados; pero ni el centinela que estaba á la puerta ni la gente de la casa, paraban su atencion en mis gritos.

Ya estaba bien oscura la sala de policía cuando el sargento me asaltó de nuevo, y por primera vez me hizo sentir un dolor tan vivo que grité desahoradamente. La convicción de que había llegado mi última hora me sumergió en una desesperacion que rayaba en locura, y produjo en mi alma una revolucion completa. Transportado de un furor ciego, principié á defenderme con una fuerza extraordinaria; pegaba con los dos puños, arañaba, mordía y desgarraba como un animal débil cuyas fuerzas se han aumentado al temor de la muerte.

El sargento estupefacto me soltó para restañar la sangre que corría de su nariz; aullaba, juraba y profería horribles amenazas, declarando que me iba á retorcer el pescuezo; pero yo trémulo de emocion gritaba con voz ronca:

—Ven, te espero, estoy pronto... la vida me pesa, mas sin embargo la has de pagar cara: ven, y acabemos.

Efectivamente, se arrojó á mí y me dió en la frente una

puñada que me dejó tonto; mis piernas flaquearon con la fuerza del golpe; pero me levanté, y con nueva rabia, seguí pegando, arañando y mordiendo. Debí darle un golpe muy fuerte en la cara pues á su vez lanzó un grito de dolor y se alejó de mí definitivamente.

Entonces me dijo con acompañamiento de muchas palabras:

—Yo no me bato mas en la oscuridad; mañana por la mañana arreglaremos nuestra cuenta; te haré añicos y te aplastaré á mis piés.

—Ah! le respondí; de noche ó de día, me es igual; haz de mí lo que quieras, pero has de tener entendido que si otra vez me tocas te desgarraré el semblante.

El sargento pareció ceder ante la singular excitación de mi ánimo; quizá temía que yo me hubiese vuelto loco.

Lo cierto es que me aconsejó que me tendiera en la paja y que durmiera, añadiendo que en la mañana siguiente nos batiríamos hasta que uno de los dos quedase tendido en el campo.

Durante algunas horas estuve mirando fijamente en la oscuridad; parecíame que mi pecho se había ensanchado extraordinariamente, y absorbía el aire por medio de poderosas aspiraciones; mis puños estaban cerrados convulsivamente, y la ira y el deseo de combatir me inflamaban. Mas de una vez pensé en levantarme y en obligar á mi enemigo á una lucha decisiva; y no era porque sintiese odio contra él, sino porque pasaba en mi interior algo de inexplicable.

Una vez en la vida me había mantenido firme delante de un hombre; y siendo este tan fuerte como un gigante yo le había vencido. El valor era pues un poder que podía suplir la fuerza física.

Estas reflexiones henchían mi pecho de alegría y de orgullo. En adelante nadie me insultaría.

El día siguiente en cuanto amaneció, pudimos ver recíprocamente en nuestros rostros las señales de la lucha; cada uno de nosotros tenía un ojo azul, y además las facciones de mi adversario estaban surcadas por mis uñas.

Le encontré sumamente tranquilo, y se limitó á decirme que tendría que batirme en desafío con él así que saliéramos de la sala de policía.

Yo le respondí con voz serena, pero resuelta, que todo me era igual, pero que en calidad de ofendido, elegía la pistola, pues esta arma podía dar á la contienda un desenlace mas pronto y formal; lo peor era lo que mejor me parecía.

A las siete de la mañana el sargento salió de la sala de policía, donde por consiguiente yo me quedé solo.

En la soledad me puse á meditar sobre lo que me había sucedido y sobre el modo con que yo había obligado á un moceton fuerte y temido á que me dejase en paz y se callara. Por el pensamiento invoqué á mis ojos á todas las personas que me habían maltratado ó insultado; hablaba en alta voz y pronunciaba alocuciones para hacer comprender á aquellos enemigos que ya no quería soportar ninguna humillación, y que me vengaría de todo insulto.

Mil máximas heroicas se escapaban de mis labios en palabras retumbantes, y la fiebre que me excitaba creció á tal punto, que me hice sangre en los puños pegando en las paredes, como si hubiesen sido los enemigos á quienes invocaba.

No hay para qué añadir que la mayor parte de las amenazas que profería iban dirigidas al capitán.

Una hora despues de la salida del sargento me abrieron también la puerta de la sala de policía.

Hoy no me atrevo á suponer que el capitán hubiese mandado al sargento que me maltratara. Quizá se limitó á aconsejarme que hiciera esfuerzos para arrancarme de mi apatía, mediante algunos pescozones de poca trascendencia. Sea como quiera, en aquel tiempo creí á pié firme que el sargento no había hecho mas que cumplir al pie de la letra las órdenes que había recibido. En esta convicción debía estar agradecido al capitán, pues me había curado de mi pueril cobardía; en pocas horas había hecho de mí un hombre, cosa que segun toda probabilidad, no se habría verificado en muchos años sin el empleo de medios mas enérgicos.

Al entrar en mi casa hallé al sargento que parecía esperarme y sin darle tiempo de pronunciar una palabra, corrí al cofre del sargento primero, saqué dos pistolas y exclamé:

—Aquí hay armas, vamos, y acabemos cuanto antes.

—El capitán ha prohibido severamente que haya ninguna contienda entre nosotros en lo sucesivo.

—No me detendré por eso.

(Se continuará.)

LA CONCEPCION INMACULADA

DE MARIA SANTISIMA.

Hoy celebra la Iglesia Católica este agosto misterio en el cual empieza la serie de misterios y maravillas con que se realizó la gran obra de la redención del linaje humano, llegado que fué el tiempo señalado por el Altísimo en sus inefables decretos y anunciado por las profecías.

La razon se suspende y la lengua enmudece de pavor y de respeto cuando se trata, no ya de explicar, de dar espresion solamente á un asunto tan sublime y misterioso. Se trata de hacer ver cómo la misericordia de Dios detuvo si es posible decirlo, la espada de su justicia para llevar á cabo la salvación de la humanidad degradada por el pecado, encaminándola á sus inmortales destinos. El labio mas elocuente no sabría explicar ese admirable concierto de la justicia y de la piedad divina; pero los libros revelados nos enseñan como el castigo que impuso Dios al hombre por su pronta y culpable fragilidad, arrojándole del

paraíso y sujetándole á innumerables miserias, sucedió inmediatamente la promesa de su futuro perdon, la promesa de que se llegaría á limpiar algun día aquella falta primera que debía trasmitirse de padres á hijos en nuestra mancillada naturaleza.

Y fué cosa admirable que si por la seducción de una mujer fué arrastrado nuestro primer padre á la culpa y la ofensa de su Criador; por medio de otra mujer prometiese la misericordia infinita de Dios redimir en su día aquel pecado que había cerrado juntamente al hombre las puertas del Eden terrenal y las del cielo. Amenazó el Señor á la serpiente infernal con que el linaje de la mujer siempre seria enemigo del suyo y con que ella quebrantaría al cabo su torpe cabeza. He aquí la promesa de María, futura Madre del Redentor, que debía destruir el mal inmenso ocasionado al hombre por la flaqueza de Eva. He aquí retratada á la mujer con su natural y poderosísima influencia sobre el hombre, debida á la inmensa ternura de su corazón; pero con la diferencia que la antigua mujer terrenal y pagana, compuesta por Eva, debía perder á su compañero; así como la nueva mujer celeste y cristiana representada por María debía salvarle y reconciliarle con su Dios. Y ¡cuán distintas son ambas mujeres! ¿Quién de los nacidos en el curso de su vida no há podido apreciar la distinción entre dos mujeres, una trasunto de Eva, expresión de lo terrenal y lo mundano, que con mentidos halagos y falsas delicias le haya apartado de la gracia del Señor y camino del cielo, y otra imágen, aunque imperfecta, de María, expresión de lo espiritual y lo divino que le haya reconciliado con su Hacedor y guiándole por la senda del Empíreo?

Pues como destinada á lavar y borrar aquella mancha original y primera, quiso Dios que la nueva mujer, que su escogida María, fuese desde el primer instante limpia y exenta de toda impureza, de toda mancilla. Quiso Dios que el cuerpo de María, tesoro que debía ser de sus gracias, y donde encarnase el Verbo Divino, se formase en la integridad de la pureza, sin que en él radiase el germen de pecado, flaqueza y desventura que constituye la ordinaria y mísera condición de la humanidad. María destinada á trasladar el cielo á la tierra, el trono del Altísimo á nuestro valle de miserias, á llevar en su seno al Hijo de Dios, á revelarle el mundo en forma y carne humana; á criarle y asistirle con sus maternales y solícitos cuidados, á unírsele con un sentimiento inexplicable de amor y adoración que ningun otro corazón ha podido experimentar, y en fin á tomar tanta parte en la gran obra de la redención; debía ser concebida pura y limpia de toda mancha de pecado original. Esta es la creencia que ha profesado desde sus primeros tiempos la Iglesia Católica, esposa verdadera y discípula de Jesucristo; la creencia que con particular fervor há sostenido siempre nuestra piadosa nación, con notable y especial gloria suya; y la creencia, en fin, que por inspiración del cielo ha proclamado como dogma el inmortal Pontífice á quien en los azarosos tiempos actuales ha confiado el Señor la guarda y cuidado de su grey escogida.

Con tal claridad y pureza se nos presenta María Santísima desde que, primero en promesa y símbolo, y despues en cumplimiento y realidad, aparece en la historia de la redención humana. Ya en la ley antigua vemos en bellísima aunque lejana perspectiva el anuncio y la imágen de María. A ella aludió el Salmista cuando dijo: «Oye, hija, vé y atiende y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre; porque tu rey, que es el Señor Dios, codiciará tu hermosura.» Ella es el tabernáculo que santificó el Altísimo y el arca de la santificación divina, cantados por el mismo Profeta Rey. Es la mujer fuerte anunciada por Salomón en los Proverbios, la que en riqueza de gracias debía aventajar á todas las doncellas. Ella es la mística Esposa del Cantar de los Cantares, á la que llamó el divino Esposo toda hermosa y sin mancha alguna, su amiga, su inmaculada, la mas bella de las mujeres, su paloma, su perfecta, la predilecta de su madre, la que vieron los demás hijos de los hombres y la proclamaron por la mas bienaventurada, la llena de delicias, que debía distinguirse entre las demás mujeres como el lirio entre las zarzas, la que languidecía en amor divino; en fin, el huerto cerrado y la fuente sellada. Ella es la estrella de Jacob que debía brillar entre las tinieblas antiguas, anunciando el sol de la ley de gracia; la aurora del nuevo día que debía amanecer para el mundo, y en fin la precursora del Hombre Dios, ya radiante con la luz de la verdad y de la salvación. ¿Cómo pues, concebir la menor sombra de maravilla, la menor nube de oscuridad en la Concepción de esta Virgen purísima, tabernáculo y arca santificados por Dios para tomar allá la carne humana y descender á la tierra?

Al anunciarla el arcángel Gabriel el inefable misterio de la Encarnación del Verbo, la saludó con respeto, proclamando las excelencias mas que humanas de que Dios le había dotado. «Salve, la dijo, ¡oh Virgen llena de gracia! el Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres: de tí nacerá el santo Hijo de Dios.» Y la misma Virgen María al reconocer el santísimo misterio que en su seno se obraba por los inescrutables designios del Eterno, y al expresar en un bellissimo canto el sentimiento de inmensa felicidad que la embargaba al verse sublimada á tanta gloria, pronosticó que la llamarían bienaventurada todas las generaciones.

Tal es el tributo que pagamos constantemente los cristianos á la Reina de los Angeles y de los hombres, á la Madre de misericordia, á la que es nuestra vida, nuestra dulzura, y nuestra esperanza, y si este homenaje se lo rendimos con amor y gratitud en todas sus festividades, lo hacemos con especial fervor en el día en que se celebra su Concepción Inmaculada, en que, como dijimos arriba, despuntó para la humanidad degenerada y abatida por el pecado, la aurora feliz de su redención. Entonces saludamos los primeros momentos de la que enriquecida por el Señor

con todas las gracias y virtudes, humilde, piadosa, benigna, paciente, casta, prudente, amorosa y caritativa, fué el claro espejo de las perfecciones de su divino Hijo y el vínculo y la prenda de amor entre Dios y los hombres. ¡Oh María! por el misterio de tu limpia Concepción te rogamos que destierres de nuestro pensamiento toda impureza; toda mancha producida por los vanos goces é intereses de la tierra, que se disipen las sombras del odio, de la codicia, de la soberbia, y de la ambición que anublan á la humanidad y la roban la luz verdadera de la religion cristiana; y en fin, ya en el cielo de nuestra vida brille siempre la divina claridad de la pureza, guiándonos hasta las puertas de la celeste morada.

F. J. SIMONET.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 109.

Blancas.

Negras.

1.ª T. 4.ª C.R.ª

P. 4.ª C.R.ª

2.ª T. 7.ª A.R.

A. toma A.

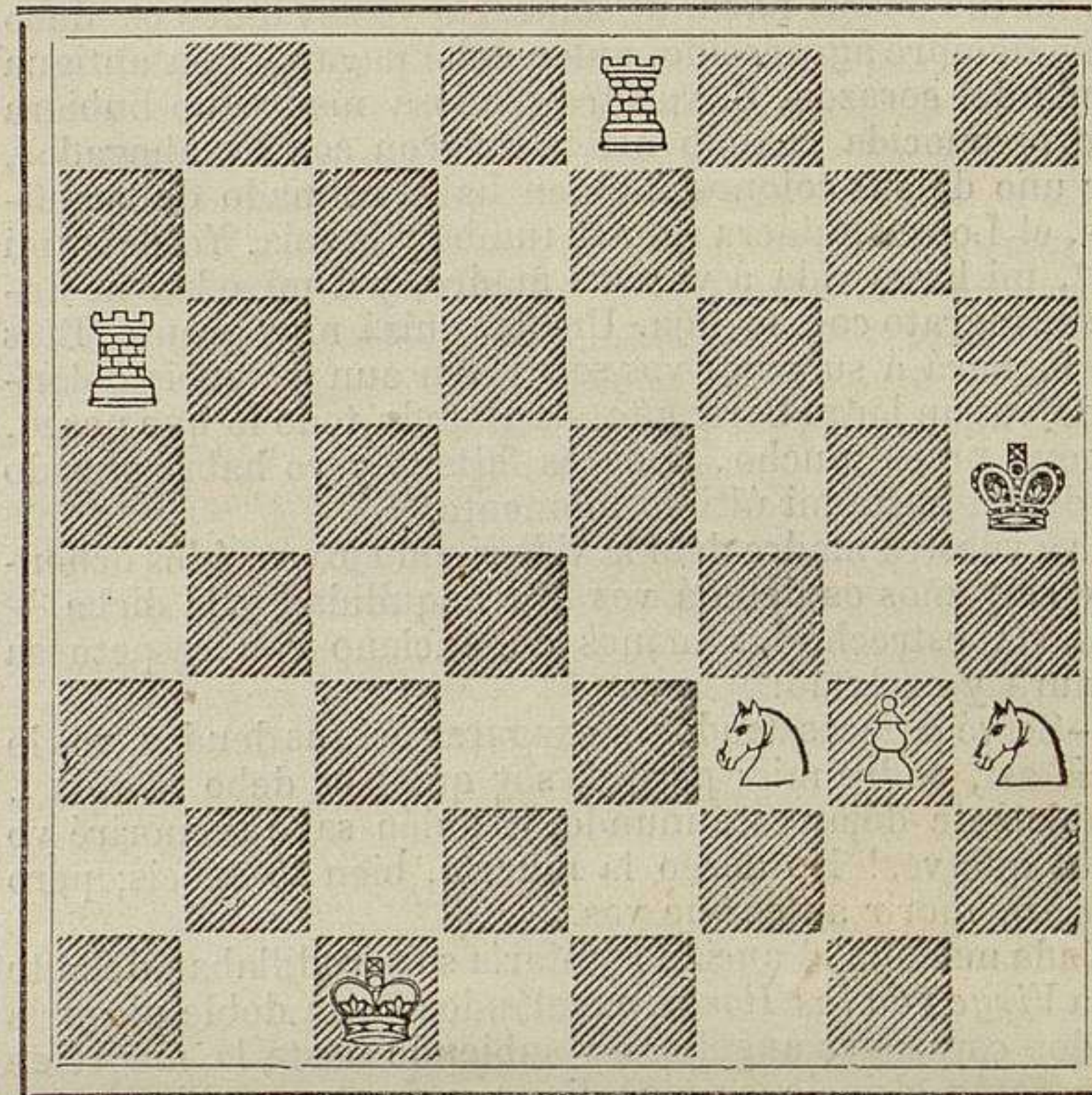
3.ª C. 3.ª R.ª jaque.

Cualquiera.

4.ª T., C. ó A. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 110, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE FULARD AZUL PORCELANA LISO, guarnecido con dos sesgos de raso blanco, orlados con un fleco estrecho blanco; corpiño de escote cuadrado, orlado con un sesgo igual á los del trage; mangas cortas; el corpiño se completa con otro de tul bullonado y con mangas largas; cinturón de raso blanco; al rededor del cuello una cinta de terciopelo negro, de la que pende un medallon; campanillas azules en los cabellos; albornoz blanco de encage de lana.

TRAGE DE RASO COLOR DE FUEGO, con corpiño montante abierto en forma de corazón por delante; la guarnición se compone de trenzas de cinta de raso del color mismo del trage; estas trenzas orlan el escote; sirven de cinturón, guarnecen las mangas estrechas así como las mangas anchas de tres puntas cada una; cada punta termina en una borla; una trenza va puesta á cada lado por delante desde la cintura; tienen 35 centímetros de largo, y terminan cada una en una borla.

MISCELANEA DE LITERATURA, VIAGES

Y NOVELAS,

Por D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española.

MADRID: — 1867.

Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

Contiene: I. Horacio. — II. Un paseo por América. — III. El Emigrado. — VI. El Español fuera de España. — V. Un enigma. — VI. No hay buen fin por mal camino. — VII. Hilda. — VIII. Necrópolis. — IX. Recuerdos de Amberes. — X. Florencia. — XI. De Jaffa á Jerusalem. — XII. Mesa revuelta.

Se halla de venta en la librería de Bailly-Bailliére, plaza del Príncipe Alfonso, n.º 8, Madrid; y en las principales librerías del reino.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n.º 1.